



Boletín Radar Marzo 2009/1

Editorial: Invitación a IV ENAPaOL, presentación de Ejes y Temáticas; condiciones y modalidad de presentación de trabajos

Ana Eugenia Viganó

Estimados lectores:

Como ya se ha informado oportunamente y se está trabajando en el Ciclo de Conferencias que **ALEP** lleva a cabo semanalmente como preparación hacia el próximo ENAPaOL, en el **IVº Encuentro Americano**, a realizarse los días **28, 29 y 30 de agosto de 2009** en **Buenos Aires, Argentina**, abordaremos la clínica actual a partir de las formas contemporáneas del lazo social y de la concepción que la orientación lacaniana tiene del síntoma: como acontecimiento de cuerpo que singulariza al sujeto haciéndole posible la adopción de una posición ética definida. Esto es lo que resume nuestro título:

"La clínica analítica hoy: el síntoma y el lazo social"

Queremos compartir ahora con ustedes tanto los ejes y las temáticas de trabajo que se proponen para este Encuentro, como las modalidades de presentación de trabajos, y las formas de inscripción para asistencia.

Los ejes

1. Político
2. Epistémico
3. Clínico

Temáticas:

De la multiplicidad de los síntomas a la singularidad del sinthome

El caso, en la orientación lacaniana, siempre se orienta por el síntoma, teniendo como perspectiva lo incurable, llamado por Lacan, sinthome.

Para este eje, se propone ubicar aquellas elaboraciones que delimiten, para el psicoanálisis de la orientación lacaniana, el estatuto del sinthome y del síntoma, poniendo el acento en las diferentes formas en que se relacionan la singularidad del síntoma y la multiplicidad de los síntomas contemporáneos y de los discursos que los promueven.

Lo inconsciente y lo incurable del sinthome

¿Cuáles son los efectos que se obtiene, cuando el inconsciente real es tomado por el discurso del amo, a diferencia de aquellos que se verifican cuando es capturado por el discurso analítico? Se trata así de explorar una problemática crucial para la orientación lacaniana, según la formulación expuesta por Jacques-Alain Miller en su último curso.

Cuando el pivote de la transferencia deja de ser sólo el Sujeto supuesto Saber, comporta efectos de los cuales las curas pueden y deben dar cuenta; somete a prueba la autoridad del analista e impone verificaciones relativas a su deseo. Se trata por tanto aquí de examinar las consecuencias de la época en la transferencia misma y de poder diferenciar el tratamiento analítico de otros modos de tratamiento.

El discurso analítico y el lazo social

Al analista se le impone siempre ser capaz de comprender la lógica de los tiempos, donde su inventiva, y la de la Escuela, son puestas a prueba en su capacidad para responder correctamente a los imperativos de una época. Los ideales de Salud Mental, definidos por la OMS, los discursos de la normalidad, pueden conducir a un "delirio universalizante". Es el acto analítico y la interpretación los que recortan la subjetivación de un deseo singular en contra de dichos discursos, lo que hace que en el lugar de las normas sociales predomine la norma singular del sujeto. El lazo social, como Uno, no existe (o existe solo como semblante). Lo que existen son los múltiples discursos. Es el síntoma el que objeta este lazo social, pero al mismo

tiempo es el que sostiene los discursos como modo de conexión singular entre los seres hablantes: solo se habla a partir del síntoma.

El deseo del analista en las instituciones y frente a las demandas sociales

Hay practicantes en diversas instituciones que orientan sus casos a partir de la teoría del psicoanálisis e de la dimensión del deseo del analista. En este sentido, se trata de ubicar e interrogar qué hacen en ellas y de los efectos que se producen en relación a los diferentes discursos. No se trata de acomodarse a los llamados "nuevos síntomas" o mejor aun "nuevas formas del síntoma", a las categorías definidas por el discurso amo, sino de poder plantear qué se puede decir a partir del psicoanálisis, tal como se concibe a partir de Jacques Lacan.

Modalidades de presentación de trabajos

La fecha límite de entrega es el 30 de mayo de 2009.

La extensión de los trabajos no deberá exceder las 4 hojas escritas, espacio 1,5, en letra Times New Roman Núm 12, lo que equivale a 8000 caracteres.

El mismo deberá ser acompañado de un abstract de 10 líneas, con la especificación del eje temático al cual se articula.

Los trabajos deben ser un producto individual de carteles ampliados según la lógica que enseña J. Lacan, considerando sus ejes desde la perspectiva clínica, epistémica y/o política.

Para ello, como condición de la presentación individual del trabajo, sólo será indispensable que el autor haya estado inscripto en un cartel "Hacia el ENAPaOL". En este sentido el cartel deberá inscribirse en la página del ENAPaOL. Los participantes de estos grupos de trabajo podrán iniciar el trabajo de cartel, más allá de que luego decidan o no producir un trabajo individual y/o inscribirse para participar en el ENAPaOL, ya que esto depende de la decisión de cada uno de sus integrantes.

Los carteles y/o carteles ampliados deberán tener al menos un miembro perteneciente a alguna de las Escuelas de la AMP y/o del Instituto del Campo Freudiano.

En todas las circunstancias el Comité de selección de trabajos del ENAPaOL dará lugar a aquellos que mejor se ajusten a los ejes propuestos, poniendo además un especial cuidado en la enunciación como analizante, y los efectos-de-formación del autor.

Inscripciones:

<http://ea.eol.org.ar/04/es/template.asp?inscripcion/inscripcion.html>

Retomando muy especialmente el *detalle* que será tenido en cuenta con especial atención en la selección de trabajos, "*los efectos?de -formación del autor*", sugerimos revisar finamente los documentos que van formando parte de nuestra sección **La Formación de los analistas**. En este sentido, entregamos en esta edición de **Radar ALEP** la segunda parte del texto de **E. Laurent, "El buen uso de la supervisión."**

Como siempre, auguramos una provechosa experiencia de lectura, y los saludamos muy cordialmente.

Ana Viganó
Moderador **Radar ALEP**

El buen uso de la supervisión - (Segunda parte)

Eric Laurent

Formación de los analistas, política del psicoanálisis

Contar hasta cuatro

Planteándose como «instancia veridiccional», para parafrasear a Foucault, la tentación del tercero es la de localizar la «mentira» del caso en la impotencia del supervisor para mantenerse a la altura. La tentación del tercero es la de historizarse como tercero, olvidando el resto irreductible de la operación analítica y de lo que no tendrá jamás nombre en el Otro. La puesta en guardia de Lacan contra los que querían ocupar el lugar de los supervisores universales es siempre actual: «Lo impropio no es que alguien se atribuya la superioridad, incluso lo sublime de la escucha, ni que el grupo se garantice sobre sus márgenes terapéuticos, [?] es que infatuación y prudencia hacen oficio de organización». Esta puesta en guardia vale para la perspectiva de vigilancia en todos los niveles y vale para nuestra organización.

Vemos una oposición entre dos tipos de solución institucional: La que cuenta con el tercero en todos los niveles y la que cuenta hasta cuatro. Las instituciones que no cuentan más que hasta tres eliminan de hecho el deseo del analista, prefieren antes el saber del analista porque puede sostener la figura de un sujeto que escaparía a la equivocación del sujeto supuesto saber.

Función del control

Después de estas perspectivas que oponen dos tipos de instituciones, volvamos a la función precisa que puede tener la supervisión. Lacan jamás despreció la función del control. El final de «De una cuestión preliminar?» es un llamado al control, al menos una referencia a lo que puede transmitirse de una pragmática de la cura. El texto termina con «la concepción a formarse en la maniobra, en ese tratamiento, de la transferencia. Decir lo que podemos hacer en ese terreno sería prematuro». Es, de este modo, oponer lo que exotéricamente sería prematuro decir, y alentar esotéricamente al control.

Luego de haber puesto a punto el pase, Lacan reconoce una dimensión original del decir en el control, y observa en 1975: «No se por qué se llama a eso supervisión. Es una super-audición. Quiero decir que es muy sorprendente que se pueda, escuchando lo que les relata un practicante ?sorprendente que a través de aquello que él les dice se pueda tener una representación de aquel que está en análisis [?]

Es un nueva dimensión». Reconoce que hay un real en juego en esta experiencia. No lo toma por una conquista evidente, pero lo constata como sorprendente.

Lo que el dispositivo del pase modifica de la falsa evidencia de la supervisión, es el fantasma del supervisor, aquél que sería el único en poder escuchar la dimensión en juego en la supervisión, el fantasma de un saber del que algún sujeto pudiera ser amo. Es siempre por allí que despunta el narcisismo que viste al pequeño a. El narcisismo del supervisor constituiría la revancha por tener que ocupar el lugar del pequeño a en la experiencia analítica.

Para ser contemporáneo, la supervisión debe haber integrado la aporía del acto analítico. Es el punto que indicaba Lacan en su «Discurso a la EFP»: «Es otra cosa que controlar un "caso": un sujeto [?] al que su acto sobrepasa, ese no es el problema, pero si él sobrepasa su acto, esto da cuenta de la incapacidad que vemos florecer en el patio de los psicoanalistas.» Lacan reconoce en principio la función del control: es «controlar a un sujeto sobrepasado por su acto». Agrega: «no es el problema » ?eso pasa, es el trabajo, lo hacemos, la cuestión no está allí. La cuestión es la del sujeto que sobrepasa a su acto, es decir el que se cree su amo, aquel que se pasa de vivo, el que viste el acto con su narcisismo y que, en lugar de captar la dimensión del deseo en juego, quiere llevar eso a un saber, incluso a un saber hacer que él tendría.

El problema del control no es rectificar la posición del sujeto al que su acto sobrepasa. El problema, es el analista de experiencia, el que deja de darse cuenta que él surge del acto analítico, el que quiere escapar a la necesidad del «deseo del analista». El problema comienza cuando hay que intervenir sobre la incapacidad del analista de hacerse causa del deseo. Esta incapacidad está en el origen de todas las tentaciones de ceder frente al deseo del analista, y es por eso que en el «Discurso a la EFP», los ejemplos dados, las desaprobaciones recaen sobre el analista de experiencia que se coloca en la posición de quien tiene el saber y quien en el mismo movimiento, cede: «frente al apremio del obsesivo [?] ceder a su demanda de falo, interpretarlo en términos de coprofagia»

Ceder en relación al deseo del analista

La crítica apunta a una interpretación proferida por uno de los oyentes importantes del momento en la EFP. Da cuenta, sin embargo de un modelo del que la IPA francesa se muestra gustosa formando parte del séquito de Maurice Bouvet. Esta posición, por otro lado, es actual para algunos. La interpretación que se criticó consistía en ceder al acoso del obsesivo respondiendo en términos de «aquí y ahora», interpretando «¿Usted, quiere eso de mí ?, se lo doy». La demanda, interpretada en términos de objeto regresivo es considerada como si reenviara a una verdad objetiva, a una verdadera objetivación del deseo.

En el caso de Bouvet que Lacan critica en el Seminario, Libro V, el analista cede frente al acoso del obsesivo interpretando el deseo en términos de demanda oral del falo imaginario. Lacan decía que el analista interpreta el deseo en términos de

falofagia. No se trata de coprofagia, como en el «Discurso a la EFP», sino de falofagia. Alcanza con poner estas dos fagias en homología para ver que se trata del mismo problema.

En el Seminario, Libro V, Lacan desarrolla su crítica hacia una técnica con la que el analista se vuelve apremiante, insistente, por sus interpretaciones, para que el sujeto consienta tragar, incorporarse fantasmáticamente el objeto parcial.

Se trata de un sujeto obsesivo que sueña y se dirige al analista: «Lo acompaño a su casa . En su dormitorio hay una cama grande. Me acuesto. Estoy muy molesto. En un rincón del cuarto hay un bidé. Estoy feliz aunque incómodo». El analista interpreta inmediatamente al sujeto obsesivo diciéndole: «es su tendencia homosexual pasiva, usted quiere recibir de mí el falo». Esto llega después de una larga serie de interpretaciones en las que Bouvet está preparado, con una disponibilidad que lo honra, para dar su falo para que sirva como término tranquilizador colmando la falta del sujeto. Se ofrece en sacrificio para la falofagia fantasmática en cuestión. Lacan critica el término «homosexual pasivo» porque, «hasta nueva orden, nada hay allí manifiesto que haga en esta ocasión del Otro un objeto del deseo.» Por el contrario, pone por delante en el sueño un objeto plenamente articulado como tercero: el bidé, indicando lo que es problemático. Lacan ubica muy bien, en la época, la copa hueca pudiendo representar al falo; recuerda que es típico en los sueños de los obsesivos que la copa hueca funcione como los genitales, el falo pues. Es el falo «en tanto que pregunta: ¿el Otro lo tiene o no lo tiene?».

He aquí lo que el bidé encubre en posición tercera; es una posición menos gloriosa que la del «tercero en todos los niveles». Hay niveles en los que no es para nada agradable encontrarse en ese lugar, ni es fácil estar a la altura de la pregunta fálica. No se trata de querer estar listo para la falofagia fantasmática generalizada e interpretarla en términos de aquí y ahora, sino por el contrario dejar que la cuestión aparezca como pregunta. Se trata de distinguir una orientación de la cura hacia una relación entre dos colmada por un objeto imaginario, y una dirección que interroga el lugar del Otro y deja lugar a la pregunta que apunta a la completud de este Otro, ¿tiene o no el falo?

Lacan critica este desarrollo de los trabajos de Bouvet, quien finaliza por centrarse especialmente sobre la elaboración de un fantasma de fellatio, comparable a la absorción de una hostia. Esta perspectiva aplasta la pregunta del Otro. Reduce la cuestión del deseo a una satisfacción fantasmática imaginaria . Esta reducción del deseo a la dimensión dual de la demanda, en el marco de la sesión, es el producto de la negligencia de la posición tercera del significante del deseo, el falo.

El mecanismo es muy preciso. El analizante acosa al analista quien responde en términos de objetos cesibles. Es lo que algunos, formados en la IPA de entonces, llamaban, «interpretar en la transferencia». Se trataba también de miembros de la EFP que se habían formado en el momento de transición entre la SFP y la EFP y que

iban pronto a separarse de Lacan para formar un grupo autónomo. Decirle al analizante: «usted quiere incorporarse el falo como sorette», es lo que él califica como coprofagia. La operación producida en los dos casos, ya como falofagia o como coprofagia, provoca una reducción del deseo a una demanda imaginaria que Lacan califica así «es lo que del fantasma implica el pegoteo».

En relación a la orientación contemporánea en la IPA, ¿la crítica no es acaso actual? ¿No es lo que arriesga ocurrir cuando se pone el acento en el «pensamiento entre dos», basado en el equilibrio de la transferencia y la contratransferencia, en el que el analizante daría sus asociaciones y el analista, más advertido, no daría inmediatamente su falo, pero daría todos sus pensamientos, lo que tiene de más valioso para ayudar al paciente?

¿Esta perspectiva de transferencia/contratransferencia al ignorar profundamente el lugar que hay que salvaguardar no le es acaso muy cercana? El acento puesto sobre el llamado al tercero, sobre la terceridad, parece allí la huella y el síntoma de un tormento: ¿Llegaremos verdaderamente a contar juntos hasta cuatro? Esta pregunta debe verdaderamente considerarse en su actualidad.

Mantenerse al nivel del deseo

¿Cuál sería la alternativa? ¿Cómo interpretar de otro modo? Habría que mantenerse al nivel del deseo y no al nivel de lo imaginario. Tomemos un ejemplo. Un sujeto apremia al analista diciéndole de forma repetitiva que no tiene nada que decir, luego de haber enlazado asociativamente la retención de sus ideas y la retención anal cara en su infancia. Le hace soportar al analista el fruto de sus descubrimientos y su goce retentivo. Hace alarde de que no tiene nada que ceder ni que decir. La cuestión no es fijarlo a este pegoteo sino relanzarlo sobre el plano del deseo. Se trata de mostrarle el juego destructivo que ejerce sobre el deseo del Otro: el objeto anal retenido por el niño tiene por función fundamental destruir el deseo del genitor colgado del objeto imaginario que se trataría de ceder.

Podemos hacer un montón de cosas: no decir nada, podemos también decirle: «usted quiere sacarme las ganas de analizarlo»; podemos también remarcarle al sujeto que se queja de no tener nada que ceder ni que decir, pero que goza de eso.

No se trata de fijar al sujeto a su objeto imaginario, sino de hacerle percibir cómo con este objeto anal y el goce autoerótico que extrae de allí quiere destruir el deseo en el analista. El objeto por el cual él opera sobre el deseo del analista es, en efecto, indiferente, puede ser oral o anal.

Es el punto sobre el cual Lacan llama la atención en el final de «La dirección de la cura...», pero que no fue entendido sino nueve años después en el «Discurso a la EFP»: «Este objeto indiferente, es la sustancia del objeto [piensan ello], coma mi cuerpo, beba mi sangre (la evocación profanadora le pertenece). El misterio de la

redención del analizado, está en esta efusión imaginaria, de la cual el analista es el oblató».

En esta crítica de la «falofagia» o de la «coprofagia», escuchamos la denuncia de un cambio de plano. En lugar de enviar al sujeto al enigma de su juego respecto del deseo del Otro, que toma la forma del analista o de sus partenaires, se fija al sujeto al objeto imaginario que es sólo un medio para alcanzar al Otro.

Una doctrina del control

Esta crítica de los casos contiene una doctrina del control. El buen uso del control es algo a lo que Lacan desea introducir del modo más extensamente posible a aquellos que tienen necesidad «de aquello que no hay que velar: a saber la necesidad que resulta de las exigencias profesionales cada vez que ellas arrastran al analizado en formación a responsabilizarse de algo analítico por poco que sea». Es por eso que Lacan no desvaloriza el control en su «Acta de fundación». Muy por el contrario en el lugar del cursus que, en las sociedades tradicionales, estaba reservado al control para los «admitidos», según procedimientos más o menos arbitrarios, proponía que «desde el comienzo y en todos los casos un control calificado será en ese marco asegurado al practicante en formación en nuestra Escuela». No se trata solamente, en esta oferta, de sobrepasar, outbid, la oferta de la institución rival. Se trata de dar! le al control el lugar y el uso que le corresponden.

Es por el mismo movimiento que el control se ofrece «desde el comienzo» y que la falsa ventana que puede abrir hacia el «deseo del analista» debe ser denunciada. El control permite rectificar la posición del sujeto «sobrepasado por su acto» y rectificar la orientación de la cura. Por el contrario, si permite instalar una categoría de supervisores que, en nombre de su experiencia mal comprendida cometan regularmente el error de rebajar el deseo a la demanda, entonces la situación se queda sin recursos. La falsa ventana triunfó, el acto analítico fue desconocido.

Lacan no retrocede frente a la exigencia de darle su lugar al control y a su experiencia. Por el contrario él desconfía de los efectos perversos que éste puede conllevar en su esfuerzo por atrapar el acto al cual debe igualarse. El psicoanalista es aquél que se define por no ser amo de lo que enuncia, debe seguir manteniendo abierta «la hiancia que hace su ley [de su acto]». No se trata en este acto, de «pensar igualarse a la estructura que lo determina [?] en su forma mental». Hay que desconfiar de todo lo que venga al lugar del sueño de esta igualdad, sea el controlador como «superescuchante», sea en la contratransferencia que permitiría atrapar lo que se fuga. Se trata más bien, como lo subrayó J.-A. Miller, de soportar ocupar ese punto extremo que Lacan formula como un despojamiento de todo dominio.

La aporía se formula de un modo radical: «una interpretación de la cual se comprende sus efectos no es una interpretación psicoanalítica.» Así se revela «la

posición de sujeto [del analista] en tanto inscrita en lo real». Esta inscripción del sujeto en lo real se aclara con una luz nueva por la propuesta de situar lo simbólico en lo real como el punto de estructura o de «mentira».

La ausencia de dominio no puede mimarse, no es equivalente al extravío. No es suficiente fracasar para clamar bien alto que se lo ha logrado. Es por lo que Lacan diferencia cuidadosamente « el acto que nunca triunfa tanto como por ser fallido» y el acto soporte de las diferentes ficciones psicológicas del sujeto. Las dos primeras ficciones apuntadas por Lacan son la del sujeto de la representación y la del sujeto de la comunicación. La supervisión adecuada vista desde el pase es la que se deshace de toda ilusión de comunicación, lo que no es sencillo.

El analista «supervisor que sabe supervisar» mantiene la ilusión del desplazamiento del analista al lugar del Otro. Este desplazamiento es coherente con la declinación de toda ortodoxia y el ascenso de la ortopraxia, de la cual J.-A. Miller separaba el lugar y la función. Es el último recurso para hacer consistir un Otro y no dar lugar al vacío en el proceso analítico.

En la dirección opuesta, Lacan insiste sobre el tema del acto de manera radical en las conferencias italianas hacia fines de 1967: «Un acto aún sin medida» contra el cual ni el fantasma de un poder, ni el de una vestimenta narcisística, ni el recurso a la experiencia son lugares para protegerse.

La supervisión que nos hace falta es la que respeta esta aporía y encuentra el medio para situarla «de la buena manera». La que sabe siempre preservar, más allá del espejismo del suplemento de saber, el lugar del deseo del psicoanalista.

- Fuente digital: <http://www.eol.org.ar/virtualia/005/default.asp?notas/elaurent-01.html>